

ATENCION DE

**ASOCIACION COLOMBIANA
DE
ADMINISTRADORES DE NEGOCIOS**

"ACAN"

Capítulos en:

BOGOTA - CALI - MEDELLIN

Apartado Aéreo 4672

Medellín - Colombia

CORTESIA DE:

EMPRESA DE REFRACTARIOS COLOMBIANOS S. A.

"ERECOS"

Medellín - Colombia

Realidad Latinoamericana

Socio - Económica - Cultural

Conferencia presentada por el Profesor Antonio Pérez García en Seminario Regional de Medios de Comunicación Social en Lima, Perú.

Junio 1968.

CAMBIO SOCIAL EN AMERICA LATINA

Herramientas para el análisis.

Toda sociedad enfrenta un problema primario en torno al cual se dispone su organización: el de **sobrevivir**, respondiendo a los estímulos que provienen ya del medio interno de sus individuos (orgánicos), ya del medio externo (físicos) por un proceso de continua adaptación a través del cual se modifican (temporaria o permanentemente) los organismos y el entorno físico. Es característica de las sociedades humanas (una dimensión que aparece como novedad absoluta en la naturaleza, y que abre infinitas posibilidades al par que infinitos problemas para el investigador). Esa dimensión es la cultura. Para comprenderla en hondura, tenemos que recurrir a una primera herramienta conceptual; la distinción entre signo (natural) y símbolo (o signo práctico).

A expertos en comunicación social no habrá escapado la importancia de la comunicación en la vida social. Ya es así a nivel animal: la abeja que ha encontrado polen danza agitadamente ante sus compañeras de colmena, describiendo una trayectoria en forma de 8, hasta que su danza estimula a las obreras del enjambre con tal precisión, que éstas son capaces de volar hasta el lugar correcto y retornar a la colmena con su carga. De hecho, la conducta social observada en el caso puede ser descrita adecuadamente en el esquema siguiente:

A1 = Primera abeja

A2 = Obreras que responden.

PRIMER CICLO	ESTIMULO → ORGANISMO	RESPUESTA	
COMUNICACION		SIGNO	
SEGUNDO CICLO		ESTIMULO → ORGANISMO → RESPUESTA	

El organismo de la primera abeja, estimulado específicamente por las características percibidas de ciertas flores (y por el ángulo de incidencia de la luz solar, la distancia recorrida, etc.) responde con una danza de determinadas características; esta danza, percibida por las obreras, produce en el organismo de éstas una respuesta también perfectamente determinada: la actividad necesaria para cosechar el polen en las flores percibidas por la primera. Una conducta ha servido como medio de comunicación entre individuos, produciendo en los receptores, respuestas específicas: he aquí un signo natural. Toda la estructura de los dos ciclos de conducta ligados, pueden ser explicados por una acumulación de procesos estímulo-respuesta inscritos en la herencia genética de la especie.

Supongamos ahora que en lugar de abejas se trata de hombres, y que en lugar de una danza en S, se trata del siguiente signo: La cruz gamada o swástica.

Lo observan un hindú, un soldado de las S.S. hitleristas y un judío (o Mons. Metzinger).

Las características orgánicas de los tres son idénticas en todo lo que respecta a la determinación de respuesta psíquica. Si nuestro esquema anterior funcionara, la respuesta de los tres sería idéntica. Sin embargo, el hindú se sume en profunda contemplación mística, mientras el S.S. se arroja sobre el judío con ánimo agresivo, y éste (o Mons. Metzinger) experimenta una olvidada vivencia de terror. Un nuevo factor ha entrado en juego: ya no hay aquí un mero signo natural, sino un símbolo.

"Una cosa cuyo valor o significado le es adjudicado por quien la usa" (L. A. WHITE: *La ciencia de la cultura*, Paidós, Buenos Aires, 1964, p. 43), o también "signo-imagen" ("Bill" y "Bedeutung" a la vez): algo sensible que significa un objeto en razón de una relación presupuesta de analogía" (Jacques MARITAIN: *Ciencia y Filosofía*, Taurus, Madrid, 1958, pp. 61-62). Habría tal vez que añadir a esta definición de MARITAIN la explicación de que la "relación presupuesta de analogía" no está objetivamente dada por el carácter material del símbolo, sino que resulta de un consenso entre quienes se valen de él. Es fácil ver, a partir de estas precisiones, que la distancia inconmensurable que separa el llamado "lenguaje animal" del lenguaje humano radica precisamente en el carácter simbólico de este último. Y también que la razón de las diferencias de interpretación que de un mismo símbolo objetivamente considerado hagan dos personas distintas depende de los diferentes "consensos" de que participa cada uno. Digámoslo ya de una vez: las diferencias de conducta no son función de diversas preadaptaciones orgánicas, sino de las diversas culturas en cuyo seno cada uno formó su personalidad. Es decir, que si llamamos O a los factores orgánicos, Vc a la cultura y Vb a la conducta, podríamos establecer la siguiente ecuación:

$$(O.Vc = Vb) = (Vc = Vb)$$

dado que O es una constante, desde nuestro punto de vista.

Gracias al símbolo, la sociedad humana no es solamente sociedad, sino también cultura: "ese complejo conjunto que incluye conocimiento, creencias, artes, moral, ley, costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de una sociedad", tal como Tylor la definió ya en 1891 (*Primitive Culture*, cit. p. L. A. COSER y B. ROSEMBERG: *Sociological Theory*). LINTON, por su parte, explicita lo que es usual entre los científicos que estudian la cultura: que incluye también la llamada "cultura material" objetos, útiles, de que se sirve una sociedad determinada para el cumplimiento de sus fines

La posesión de una cultura abre al hombre posibilidades específicas, enteramente nuevas, al par que crea nuevas y específicas zonas de problema. En cuanto nos atañe, señalemos simplemente que no es posible dar cuenta de la configuración de una sociedad dada, ni de los procesos de cambio que en ella aparecen, sin tener en cuenta la cultura: el medio social humano como tal. Por lo demás, cada esfera de la conducta social puede adquirir significados puramente simbólicos, además de los instrumentales que dicen de su relación con la satisfacción de ciertas necesidades, de modo que en lugar de mostrarse la estructura determinante a nivel de lo que una conducta significa para quienes la realizan, a veces (¿siempre?) queda encu-

bierta por ella: he aquí la condición de posibilidad del "fetichismo" que señaló MARX en sus análisis de las sociedades capitalistas industriales nacientes, y de la "alienación ideológica" estudiada por el mismo autor.

Tratando de hacer frente a estas dificultades, nuestro análisis del proceso de cambio que vive América Latina lo considerará como proceso cultural, explícitamente. De hecho, muchos economistas y otros científicos sociales han hecho las del burgués gentil hombre: han analizado culturas sin saberlo. Nada se pierde con saber lo que se hace.

Solo un par de anotaciones previas, antes de entrar de lleno a nuestro tema; en toda sociedad contemporánea cada vez es menor la posibilidad de que un individuo actúe en todos o casi todos los elementos de su cultura.

Esta se diferencia, se estratifica, se especializa, apareciendo así un número bastante crecido de subculturas en el interior de una cultura global, y no siempre en relaciones perfectamente funcionales con ella. Además, el cambio en ciertas esferas de la cultura no responde necesariamente de manera mecánica a un cambio en las condiciones básicas de adaptación de la sociedad al medio (esfera económica), sino que puede darse por una dinámica propia relativamente independiente o por difusión de modelos originales en distintas situaciones sociales. Esto contribuye, como veremos, a producir tensiones estructurales que conducen de alguna manera a cambios sociales.

LOS MIL ROSTROS DE ESTA AMERICA

Tarea difícil es la de dar un retrato de América Latina, como ya habrán advertido quienes hayan leído el respectivo "antecedente" distribuido. Una infinita gama de culturas y subculturas tiende a darnos, todavía, la imagen de un continente de mil rostros, inaprehensible a primera vista en su identidad.

Si tratásemos de proporcionar una red ordenada, tendríamos que clasificar nuestras culturas en una red como la siguiente:

1) - **Culturas indígenas supervivientes:** se sitúan marginalmente, con frecuencia modificadas por la ruptura de las condiciones estructurales originarias operada por la conquista. Se trata de culturas tradicionalmente "cerradas" en riesgo de ruptura, hoy; por obra de los medios de comunicación social. Sin estos medios, su asimilación resulta problemática, dado que su contacto con las culturas circundantes es mínimo, casi mera abyacencia. El impacto de los medios, a su vez, crea nuevos problemas: rompe los valores tradicionales, creando un desajuste social de gran magnitud, dado que las certidumbres

de la acción prescriptiva tradicional no son sustituidas sino por alternativas para las cuales no está preadaptado el tipo de personalidad dominante.

2) - **Culturas transplantadas:** constituye el tipo dominante en los países del Plata, donde la inmigración masiva sobre una débil plataforma demográfica preexistente ha resultado en la formación de sociedades de tipo europeo. En otras regiones aparecen en distintos niveles de la estratificación social (asalariados en la industria y el comercio, pequeños propietarios, etc.) o como "quistes" extranjeros poco asimilados a la sociedad global. Suelen mantener su dependencia respecto a las culturas de origen, pero con cierto grado de apertura inducido por el desarraigo: la desaparición de los medios de control social establecidos en los países de nacimiento. Aparece así una cultura nueva e inestable, en transición hacia otra de tipo "abierto" salvo las cosas de enclaves muy cerrados (colonias menonitas, por ejemplo) en los cuales recién las nuevas generaciones, obligadas a contacto más intenso con la sociedad global, promueven las crisis.

3) - **Culturas mestizas:** son el tipo dominante en la mayor parte de América Latina, diferenciándose con todo según el origen y la proporción de los aportes étnicos de que derivan. Poseen una complejidad inaprehensible para el europeo, que ha reaccionado a veces atribuyendo su incompreensión a "doble" del mestizo. Resultantes de un compromiso, parecen poseer una flexibilidad al cambio que las acerca mucho a ser "culturas abiertas", a medida que nuevos contactos interculturales se producen.

Sobre este trasfondo juegan todavía los procesos de "apertura". Mediados tradicionalmente por las élites, en cuyo seno se daban primeramente los procesos de reajuste, están ahora realizados por los medios de comunicación social masiva, cuyo impacto (tal como se da por lo general) e inseparablemente, al establecimiento de una situación anómica, a una disgregación de los marcos culturales en cuyo seno la conducta social resultaba segura. La explosividad de la situación no puede ser desdeñada.

De hecho, mientras el modelo europeo de modernización implicaba un cambio tecnológico precedente, y suponía un proceso endógeno de cambio, el latinoamericano se inicia incluso antes del cambio tecnológico, y en todas sus dimensiones es función de la difusión cultural desde los países centro. La dependencia de América Latina se presenta aquí desembocadamente.

DISFUNCIONES

La sociología estructural funcionalista ha puesto en circulación el término que encabeza este párrafo para referirse a la relación negativa entre ciertos aspectos parciales de una sociedad y el equilibrio de la sociedad global misma. Se supone que en presencia de elementos disfuncionales, se ponen en marcha procesos de cambio tendientes a restablecer el equilibrio global. La vertiente ideologizante del estructural funcionalismo suele "decidir" que el equilibrio resultante habrá de ser el preexistente, y considera el cambio adaptativo como único positivo. En los hechos, ciertas situaciones disfuncionales están en la raíz de procesos de cambio "no adaptativos", que terminan por establecer un nuevo equilibrio (configuración global de la sociedad) distinto del precedente. Tal parece ser el caso de América Latina, hoy.

No se trata de una, sino de una buena cantidad de "situaciones disfuncionales". Señalar algunas no equivaldrá a agotar la lista, aunque trataremos de poner de manifiesto las que se dan a nivel de estructuras determinantes.

Los índices de crecimiento demográfico, producción, ingreso nacional per cápita, salubridad, alfabetización, etc., no son por sí indicadores de una situación disfuncional, ni equivalen al llamado "Subdesarrollo" de estas regiones. El "subdesarrollo" no se mide con relación a un parámetro absoluto, sino por comparación con situaciones dadas de "alto desarrollo", que constituyen la única novedad en un mundo donde los actuales índices de "subdesarrollo" correspondieron por siglos a la situación global.

Dicho esto, es fácil caer en una de las trampas que nos depara nuestro entorno cultural: dado que la riqueza es, a nivel individual, función de la habilidad y el trabajo empleados para lograrla, es fácil decir que los países altamente desarrollados han llegado a serlo por su propio esfuerzo, y que bastaría con un esfuerzo semejante para poner en proceso de desarrollo a las áreas hoy retrasadas.

Nada más falaz, sin embargo. De hecho, en los pioneros países industriales europeos los hombres trabajaron duramente y con gran habilidad durante siglos (los que van de la caída del Imperio Romano a mediados del siglo XVIII por lo menos) sin que sucediera nada semejante a un "desarrollo económico y social" como el de los últimos dos siglos. Solo una conjunción insólita de factores estructurales (cuya razón debe buscarse en el proceso social precedente y no en la laboriosidad de los individuos) hizo posible el desarrollo. La pregunta es: ¿se dan esas condiciones en América Latina, hoy?

Es necesario contestar negativamente. Los recursos naturales dados son quizás mayores, pero no están en poder de latinoamericana-

nos en infinidad de casos. La concentración de la población no es tan alta, con explosión demográfica y todo. La relación entre los requerimientos técnicos de la industria y las habilidades de la población es desventajosa. El equipamiento técnico en su conjunto es comparativamente inferior (aunque sea más moderno en algunos sectores, pero debiendo enfrentar un paso inicial mucho más largo). Los desarrollos técnicos no tienen una dinámica propia, sino que dependen de modelos importados. Las necesidades experimentadas no se correlacionan con la situación social total, sino con (¡otra vez!) modelos de consumo importados gracias a los medios de comunicación social.

La acumulación de capital es comparativamente muy débil, y se depende de fuentes extranjeras. Los compradores de sus productos (dominantemente primarios) son a la vez vendedores de productos manufacturados, y los términos de intercambio se vuelven día a día más desventajosos. Los gobiernos nacionales, cualquiera sea su forma jurídica, no son en sentido estricto independientes, ni siquiera "interdependientes": son lisa y llanamente dependientes de centros de poder extracontinentales, al menos en las decisiones fundamentales de su política económica y social.

Sin necesidad de agotar el repertorio de diferencias, nos encontramos ya con algunas que nos permiten tocar la estructura determinante: a diferencia de los primeros países desarrollados, América Latina es una región dependiente. El subdesarrollo se nos revela entonces no solo como una comparación entre sociedades en diversas etapas de un mismo proceso, sino como el reverso de una moneda: la del desarrollo elevado de los países centro. Desarrollo y subdesarrollo, tal como se dan, se exigen el uno al otro. El desarrollo de los países centro depende vitalmente de los países periféricos, sujetos a estructuras de poder cuya superación no parece simple cuestión de "trabajo".

Los problemas del cambio en América Latina se alinean entonces en una doble y sucesiva (en alcance, no en cronología) perspectiva: desarrollo y revolución.

DESARROLLO

Si damos a la palabra todo su peso, no se trata meramente de aumentar las tasas de crecimiento económico y, junto con ellos, los niveles de vida. Mientras ese crecimiento no disminuya la distancia que separa a los países periféricos de sus centros, no dejará de existir el subdesarrollo. Pero esto supone algo más que un "crecimiento interno": supone la ruptura de los lazos que atan a los países dependientes con quienes los dominan.

Limitémonos, por ahora, a los aspectos (relativamente) internos. El primer problema tiene que ver con la "balcanización" de América Latina. La "región altamente desarrollada" que hay en potencia en nuestro continente no es la simple sumatoria de los desarrollos particulares de cada uno de los actuales países. Sin integración no hay desarrollo: poco a poco vamos comprendiendo esta verdad, importante aunque pueda dar pie para el despertar de pretensiones sub-imperiales internas.

Pero la integración está filtrada cuidadosamente por los intereses imperiales, que en su momento procuraron y lograron la atomización según el modelo que se haría famoso en los Balcanes: creación de unidades separadas y controlables desde el centro imperial. Se limita demasiado a los aspectos económicos que resultan "funcionales" para el momento actual del propio desarrollo norteamericano: ampliación de mercados y colocación de capitales en el exterior, dentro de una estrategia rigurosamente planeada desde el centro.

De hecho, la competencia interna de las clases dominantes en cada país facilita la imposición de un modelo importado y controlado de integración. Difícilmente las burguesías nacionales se hagan revolucionarias como lo fueron en los países hoy altamente desarrollados: su posición depende de la alianza con las oligarquías, en lo interno, y del poder disuasivo proporcionado por los verdaderos centros de poder, en lo internacional. Así y todo, su situación es de una medianía colonial, y no es extraño que en ese clima se desarrollen gérmenes de revolución total.

Ciertas iniciativas que en su momento despertaron una gran esperanza han mostrado una ineficacia total en orden a un auténtico desarrollo: tal el caso de la Alianza para el Progreso, frenada tanto por las resistencias al cambio que se dan en los propios países latino-americanos, como por la irrealidad de muchos programas concretos y por la reticencia de los propios centros de poder de los cuales partió la iniciativa ante la perspectiva de tener que recorrer el camino hasta sus últimas consecuencias.

De hecho, lo que se llama con mucho optimismo "desarrollo" (el crecimiento del producto bruto en algunos países) dista mucho de serlo, y puede llegar a producir nuevas e incontrolables tensiones: un cambio desequilibrado de algunos sectores sociales pone en riesgo el resto de equilibrio todavía existente, y la situación resultante es todavía más explosiva que la anterior.

Por muchos caminos, el desarrollo desemboca en un cambio más radical.

REVOLUCION EXPLOSIVA

Cuando se habla de revolución se suele entender revuelta, motín o rebellón. Para evitar equívocos, aclaro que el término se refiere en este contexto a un proceso de cambio cuya extensión afecta a la mayor parte de las dimensiones de una sociedad, y en particular a la estructura determinante de su configuración dada. Dejemos para un análisis posterior el problema de si dicho proceso de cambio comporta o no una situación de violencia.

Hemos visto como el desarrollo de América Latina está condicionado por ciertas estructuras dominantes: las de poder, apoyadas básicamente sobre la distribución de la capacidad de decisión en lo económico y reforzadas por la organización del poder político, militar, jurídica, educacional, e incluso por la mayoría de los medios de comunicación social. Tradicionalmente, la Iglesia se incluía entre los factores conservadores, pero la situación ha cambiado aceleradamente; por lo menos, hoy es necesario matizar mucho ese juicio.

Estas estructuras aparecen con doble faz: por un lado, están constituidas por las oligarquías locales y otros sectores sociales que se apoyan en ellas y al mismo tiempo las respaldan; por otro, estos sectores detentadores del poder no lo son a título originario, sino que aparecen a su vez como dependientes de los centros internacionales de poder. La dependencia no es mecánica y permite cierto entorno de decisión propia, pero en último término aparece siempre en los momentos cruciales.

En la medida en que se mantengan, el desarrollo propiamente dicho será imposible. Pero su transformación implica una revolución. Ante esta perspectiva suele agitarse un fantasma: el de la violencia.

Es cierto que la violencia ha acompañado siempre, en los casos históricamente dados, a la revolución. Pero no basta con una condenación en principio de toda violencia: un análisis de situación nos conduciría a observar que la violencia es en América Latina, hoy, una situación establecida: en ella se sostiene el régimen establecido, desde las formas más desembozadas (represión armada, sistemas policiales...) hasta las más sutiles (las tentaciones de confort para los líderes dóciles, la penetración cultural desde los centros universitarios hasta los medios de comunicación social). En todos los casos, se hace violencia a la conciencia de los individuos toda vez que se apartan del sistema de conducta aceptado. La pregunta inquietante abierta antes deberá tal vez invertirse: ¿es posible desterrar la violencia sin la revolución? Nuestro lenguaje, construido en el seno de una situación social determinada, nos ha tendido otra celada: solemos pensar que "violencia" es solo la que se levanta contra el poder establecido.

Cabe señalar, sin embargo, que la violencia por sí misma es incapaz de construir un orden social, bueno o malo. Puede y debe acompañar un proceso de cambio revolucionario, en la medida en que sea instrumental. Pero no es un ensalmo mágico que abrirá las puertas del paraíso terrenal. Esto suele ser olvidado por ciertos izquierdismos infantiles que programan la violencia como rito, sin programar la construcción de una sociedad futura posible.

Para que esta revolución sea posible es indispensable una teoría revolucionaria, que sustituya las ideologías a las que siempre estamos dispuestos a echar mano; por miedo a pensar, a perder nuestras caras certidumbres, a la complejidad de lo real... Pero una ideología no es otra cosa que la expresión de las condiciones sociales reales, proyectadas a nivel mítico de muchas maneras: ¿No estará en la confusión del mundo ideológico la razón de que las izquierdas latinoamericanas, también las cristianas, se debatan en un estéril juego de guerrilla interna, en lugar de darse a la praxis que realmente construya una nueva sociedad? Valdría la pena pensarlo y, en todo caso, poner manos a la obra de conocernos mejor, indispensable para construir un futuro mejor.

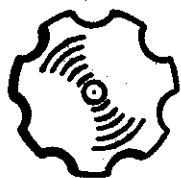
0 años de abolengo



AGUA DE COLONIA

ROGER & GALLET

ARISTOCRATICA, GENUINAMENTE FRANCESA



INDUSTRIA METALMECCANICA

Ingersoll Apolo s.a.